

OBRAS Y AUTORES

Luis Domínguez: "Los Peces de Color"

Por HERNÁN DEL SOLAR

Hay una alfombra que cruza un buen trecho y después pasa por debajo de una puerta color caoba. La alfombra es verde y blanda. Sobre ella aparecen cuatro piernas femeninas, que se ven hasta un poco por encima de las pantorrillas. Dos de las piernas son blancas, de pantorrillas más bien gordas y terminan en unos zapatos negros de altos tacones que se hundían en la alfombra; las otras dos son morenas, duras, de pies atléticos, calzados con zapatos amarillos de suela delgada que en la alfombra desaparecen.

Tenemos aquí el cuadro exacto que abre la novela "Los peces de color". La cámara cinematográfica ha captado alfombra y piernas. Quedamos en seguida en suspenso. Sube la cámara. La mano de la mujer de piernas blancas se estira para abrir la puerta e inmediatamente se retira como asustada. La mujer morena no muestra señal alguna de querer que la puerta se abra. Luego de conocer manos y piernas, la cámara nos pone ante la primera mujer: rubia, de grandes ojos verdes, está a punto de llorar; entre tanto, la mujer morena aprieta los labios y mueve sus manos huesudas.

Así entramos en acción. La mujer blanca se llama Angela; la morena, Miriam. Ambas están junto a la puerta color caoba y discuten en voz baja. Tienen orden de buscar a un hombre llamado Nicolás, abogado de la oficina. Parecen inocentes. Suma el ciudadano llamando.

Se inicia de esta manera la primera parte de la novela, titulada: "Epígrafes con fondo de teléfono". La segunda y última parte se titula: "Epitafios con algunas lágrimas". Hay en el capítulo que reseñamos una anticipación de esta parte final. Discuten la rubia y la morena acerca de quién ha de buscar a Nicolás y por qué se le necesita.

"Angela arregló su pelo rubio —¡tercos!—; se limpió la cara con el pañuelo y se sonó.

—¡Es por lo de los epitafios, Miriam, no sé si sabes.

—Epígrafes, querías decir.

—¡Ay, no sé, no sé..."

Hemos dado una mirada atenta a este comienzo de novela porque deseamos señalar cómo cine y novela conviven aquí en estrecha compañía. La cámara atrae la atención, en un principio, hacia cosas menores, que en seguida cobrarán importancia tal vez, pero que por el momento no son sino detalles muy menudos. De estas cosas suele entrarse de lleno en la acción, o se pasa a otras que parecen destinadas, morosamente, a dar la atmósfera, a indicar determinados aspectos de la escena que será el centro de la historia. Se trata, como en algunos novelistas franceses actuales, de dar importancia a las pequeñas cosas entre las cuales vive el hombre. Las cosas solían ser olvidadas. No tenían significación atendible, ni se las necesitaba para el desarrollo de un tema. Ahora, no. Las cosas son reveladoras. Mirándolas con alguna inteligencia, se ve en ellas un asomo de la intimidad de los personajes. Hay novelistas que les dan a aquellas muchísimo mayor relieve que a éstos. Y la novela suele no perder un ápice. Hasta hay quienes creen que con ello gana. En todo caso, el tema no es para tratarse aquí, por interesante que pueda ser, ya que obligaría a dar una ojeada diligente a mucha obra de buen novelista contemporáneo.

Luis Domínguez conserva un notorio equilibrio entre esas y cosas humanas. A unas y a otras coloca en el lugar justo —en cuanto extensión e interés novelesco— que les corresponde para un cabal desenvolvimiento de lo que se propone narrar. El escritor conoce su oficio. Se advierte desde las primeras páginas. Sin gesticulación innecesaria ni palabrería vana-

mente sonora, inventa para su novela —bastante breve, a diferencia de lo que está tratando de ser habitual— la técnica que necesita, y mueve a sus personajes con desenvoltura. Narra bien y describe bien. Y conviene agregar: escribe bien. Tal vez por esto, mucho lo tenemos, no se le demuestre a Domínguez la atención que de ahora se tiene ganada. No encontramos en sus páginas delirios fabricados ni palabrerías que ya ni en la más simple conversación golpean a qu'quiera, por gastadas de tal modo que empiezan a parecer palmas, amables como un "buenos días, señor".

Domínguez escribió anteriormente un libro de cuentos. Fue su ingreso a la literatura. Demostró ahí su característica: saber escribir y contar historias —con las de apariencia más inverosímil— con una gracia natural que, ciertamente, jamás abunda.

En esta novela, que no cambia de escenario —aunque haya a menudo incursiones a otros días y lugares— se suceden los personajes de la más diversa categoría física, intelectual y de figuración en la oficina en que trabajan. Hay un gerente que procura convencer, llevar a determinaciones tal vez drásticas, y no consigue gran cosa porque la naturaleza no le favoreció con prodigalidad; hay un presidente de la empresa que visiblemente desea que se le deje en paz y no se le empuje hacia ideas y acciones que le quedan como peñas; hay un subgerente que ambiciona amores y atenciones de que se ve desprovisto; hay muchos otros personajes que viven en su rincón de oficina, rodeados de papeles y de obligaciones que no consiguen despertarse la voluntad de ser activos. Todo este mundo de "Los peces de color" tiene su imagen precisa en el mundo real. Domínguez no necesita descubrir hechos, gestos, palabras, pensamientos recónditos, para entregarle a cada cual su vida verdadera.

Pero lo que más importa es un libro de Actas. Es el personaje primordial. Libro empastado, escrito cuidadosamente, en el idioma en que siempre se escriben tales libros, cuenta en torno suyo a otros tres personajes que no pueden ser descuidados: la rubia Angela, de gruesas pantorrillas, la morena Miriam, de pies nerviosos y el abogado Nicolás, hombre extraordinario que se ha atrevido a cometer la más discutida acción: vejar al Libro. Hay que escribirlo con mayúscula y (verborreando), nada menos que escribiendo un epíteto —casi siempre poético, y resplandeciente burión— al iniciarse el informe de cada una de las sesiones de directorio de la empresa. ¿Cómo lo ha hecho? El libro está empastado. Los epígrafes son hechos a máquina.

Nos encontramos ante el misterio. Ya sabrá el lector cómo se desarrolla y termina. Pero no arañaremos tan rápida reseña sin agregar algo que al lector actual (no sabemos si también al de siempre) le resulta el incentivo literario de mayor enjundia: en estas páginas hay actividad sexual intensa. Ningún novelista —lo corroboran los editores— puede prescindir de ella. El abogado Nicolás es fuerte y no se mide gran cosa. La rubia Angela y la morena Miriam se suceden entre sus brazos. Domínguez se inclina sobre estas amores fugaces y repetidos y aunque nada subraya —manteniéndose al margen— no los impide a las dos mujeres y al hombre hacer lo suyo con un entusiasmo que, una que otra vez, se complica.

Si hemos indicado esta vigencia del sexo en "Los peces de color" no es sino a modo de información literaria. El crítico tiene el deber de no callar lo relevante de un libro. Para hacerlo con toda justicia, repetimos que Luis Domínguez es un escritor de evidente calidad. Podría, con igual dominio, enfocar las más diversas temas. Su buen gusto y seguridad lo obligan a ser siempre certero y no desviarse por atajos fáciles.

Luis Domínguez, "Los peces de color" [artículo] Por Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Luis Domínguez, "Los peces de color" [artículo] Por Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile